

Valle y Barrundía, un sabio y un profeta de la Unión Nacional; ambos gigantes; que entre el hervor de agitación inquieta, éste siente las ansias del poeta, aquél mira los hechos palpitantes, la voz de las Naciones interpreta; los dos, cual si sintieran los quemantes soplos de lo invisible; así inspirados, campeones esforzados; después de reluchar, dejan la vida; y quedan siempre rotos los Estados, Centro América, débil, desunida.

Cabañas, el airoso, el aguerrido, de esa causa gigante fué soldado. ¡Quién le viera peleando enardecido, ímpetuoso, pujante, denodado! Y no vió realizados sus ensueños y murió el fuerte anciano dejándonos pequeños... ¡Qué consuelo para un republicano!

Gerardo Barrios, paladín brioso fué del mismo ideal; luchó afanoso por trocar la ilusión en verdad pura, y después de sufrir honda amargura... ¡Ruborízate amada patria mía! de tu suelo, tan libre, fué arrojado y vilmente entregado a la venganza de una mano impía). De su patria querida entre los brazos, de su patria a la vista, su escudo de unionista se lo hicieron pedazos, en el pecho, los crueles, a balazos. ¡Ved qué gloria, Gerardo se conquista!

Jerez, aquel grandioso alucinado, fué sacerdote del ideal sagrado; y ante el brumoso fanatismo escueto, él presentó a la Unión con regia pompa, predicó su doctrina inmaculada, ora con la fluidez del buen conceto ya al resonar de la guerrera trompa, con el brillo y la fuerza de su espada. Jerez, altivo y fuerte, con la vil desunión en cruda guerra, halló la paz en brazos de la muerte en extranjera tierra.

¿Y bien? En esta edad que está encendida con el fuego moral que nos abrasa, ¿no será nuestra patria redimida? El tiempo es un caudal y el tiempo pasa. ¿Y no ha de haber un alma redentora que en la noche terrible que nos duerme aliente y vigorice al pueblo inerme con el beso de llamas de la aurora?

Suene la voz primera que anuncie la alborada que se espera; y así como entre nubes apiñadas, regazo de los rudos aquilones, se oye el rugir de tempestad tonante que de chispas la sien orlada lleva; resonarán las frases inspiradas que anuncien entre vivas expansiones el alba rutilante que trae en su fulgor la Buena Nueva!

Pues bien; cuando hay espíritus potentes que quieren levantarse entre esplendores, y que avasalladores a los rudos torrentes del mal, quieren poner un fuerte coto, debe el que tiene ardor, fuerza, más grandes, tomar la delantera; que así cual se oye el noto

pasar sobre la cresta de los Andes cantando un himno eterno, al Dios que impera, pulsando en las profundas soledades la lira de las roncas tempestades; el grito sonará rauda y triunfante del Pueblo delirante, que será entre sublimes expansiones, el eco dominante al compás de estampidos de cañones.

El sol de la victoria alumbrará la senda de la gloria.

¡La patria estremecida será por lo infinito iluminada, y llena de emociones y de vida

En otras épocas contemplábamos la esfera terrestre con una idea, más o menos definida, de lo que contenía su superficie conocida y un presentimiento obscuro de lo que ocultaba en sus latitudes todavía no incorporadas al dominio cotidiano del hombre. Leíamos en las manchas de diferentes colores, desde las franjas verdosas de los bosques hasta la policromía que encierra en sus distintos matices a las naciones de la Tierra, la historia de los núcleos que forman la humanidad. Sabíamos limitarlos en el espacio y relacionarlos con sus respectivas dimensiones en el tiempo. Su memoria se acumulaba en nuestro espíritu y nos bastaba observar esta línea rojiza o aquel contorno amarillento, cerca del azul sublime del mar o atravesado por la raya ondulante de los ríos, para aproximarnos al temperamento de sus habitantes e imaginarlos en una compósita realidad de su vida.

Señalábamos el Asia, sus llanuras, sus desiertos de arena, cubiertos por un vaho de muerte; sus valles, en que se repite tal vez la leyenda del Paraíso. ¿No es en este lugar en que la primera pareja vagaba entre la fronda olorosa y aprendía, con los animales absortos y la serpiente sabia, las voces que debían conducirla por la curiosidad provechosa al dolor que aún carecía de los numerosos nombres que le damos? Ahí se extendía la Europa con sus reinos ilustres, con sus repúblicas adoctrinadoras, con sus tribunas resonantes, con Platón, con Shakespeare, con Dante, con Cervantes, con Hugo. Esa era Europa. Sus pueblos se nos presentaban con el recuerdo de sus hechos. Hechos que los siglos agrandaron y ennegrecieron; hechos que dieron con su vibración prolongada fisonomía o acento a sus agrupaciones humanas. Soñábamos con recorrer el mapa tendido ante nuestros ojos, el relumbrante mapamundi que el crepúsculo oscurecía y que a veces palpábamos con una especie de avidez, ansiosos de abarcarlo en una visión alborozada, de recoger en los cruzados caminos la sabiduría y la gracia, de absorber su experiencia vital. Roma, París, Viena, Constantinopla, Jerusalén. Las religiones, con las herejías que engendraron; los idiomas, la poesía, la belleza viva en los seres vivos, se nos presentaban en ese itinerario por las tierras sabrosas y libres. Comprendíamos esos idiomas; nos resultaban familiares, porque cuando la civilización llega a formar una unidad, una expresión coherente en que los pueblos reconocen los reflejos de su propia imagen, el hombre que anda por el mundo percibe sus vibracio-

presentará su frente inmaculada para el beso sentir de bienvenida!

Señor: un Pueblo que ama su derecho, que tiene muchas llamas en el pecho, y algunos lauros en su frente altiva, dice, que en Vos está la idea viva, que es pujante la idea, y que es fuerte y pujante porque en ella lo eterno centellea. Dice que caminéis Vos adelante, que Vos os levantéis y que así sea!

Rubén DARÍO.

Diciembre 19. 1883.

Mapamundi

(En *La Nación* de Buenos Aires. 15 de Mayo de 1949).

nes sin esfuerzos y se identifica con su alma diversa. Entonces el europeo interpreta al individuo de América y el americano abarca sin dificultad a su semejante de la India o de Australia. En esa honda homogeneidad, sus almas se compenetran y sus inteligencias se igualan en la percepción de los problemas y se expresan en palabras que son invariablemente las mismas desde que la persona ha comenzado a pensar en su destino y a imaginarse su posición en el universo.

¿Comprendemos todavía el mapamundi, podemos todavía observar las láminas de un atlas sin extraviarnos, como si hubiésemos caído en esas selvas que ocupan inmensas lonjas verdes en las Américas y en la India? Los acontecimientos de las últimas tres décadas han revuelto la geografía y han confundido a casi todos los elementos demográficos. No es el mundo que conocíamos, y probablemente no es el que conocerá la gente en un porvenir cercano. El hombre se ha sublevado contra las fatalidades geográficas; se ha desplazado de su lugar; se ha extendido, ha violado la distancia con su voracidad y con su fuerza. Muchos fragmentos de la humanidad dejaron de ser lo que fueron. Ya no se pertenecen. Esclavizados o libres, vueltos a la primitividad o arriados a formas no previstas de cultura, que pueden ser retornos duraderos a la barbarie; esas poblaciones se mezclaron y desbordaron y ya no nos resulta fácil compararlas con su tipo en el pasado.

Estos acontecimientos, que transforman lo que hormiguea en el mapamundi, se produjeron muchas veces. En anteriores edades el mundo se apartó de su centro y se confundió en su superficie. Los pueblos se alejaron de sus costas, de sus montañas. Sus ciudades se sumergieron, sus lenguas se convirtieron en nuevos dialectos, y el mundo se hundió de este modo en la oscuridad caótica. No se podía andar por el camino sin la pesada clava; no se podía comer con la puerta abierta. El hombre volvió a refugiarse sobre la roca inaccesible o a esconderse en el fondo de la floresta. ¿Dónde estaban, en esos días tenebrosos en que no se comprendía el mapamundi, esto es la historia del hombre, las hermosas escuelas de los filósofos, de los poetas y de los oradores? La humanidad yacía en el aislamiento y en el silencio. El hombre ignoraba la existencia de los pueblos y se sentía sepultado en su amarga sofocación. Pero en el valle perdido, en el codo de la ruta vacía, en el pueblecillo yerto, se levantaba, con sus muros ári-